

# La función maternal de la Iglesia en la catequesis

---

Ángel Castaño Félix

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

**RESUMEN** La Iglesia es llamada con razón Madre y Maestra, porque por el poder del Espíritu Santo engendra hijos para Dios y les infunde –por los sacramentos– la vida nueva. Maternalmente coopera también en la educación, fortalecimiento y forma definitiva de esta vida nueva recibida en el Bautismo, fortalecida en la Confirmación y alimentada continuamente en la Eucaristía. La misión catequética de la Iglesia, especialmente en la Catequesis de Iniciación Cristiana, es expresión privilegiada de esta maternidad y obliga a considerar unidos esencialmente el proceso catequético y el litúrgico-sacramental de la Iniciación Cristiana, siendo este último el ámbito propio en el que debe expresarse y desarrollarse el primero.

**PALABRAS CLAVE** Catequesis, Iniciación Cristiana, Bautismo, Maternidad, Nuevo Nacimiento, Iglesia.

**SUMMARY** *By its very nature the Church is called to be Mother and Teacher thanks to its Spirit-given power to bring forth sons of God and imbue them with new Life through the sacraments. As Mother the Church must also cooperate in the education, growth and ongoing formation of the new Life given in Baptism, strengthened in Confirmation and nourished constantly by the Eucharist. The Church has a catechetical mission especially in the Christian initiation stage, a special moment in her motherly care. An essential unity has to be active between catechetical pedagogy and the liturgical-sacramental foundation of Christian initiation. This initiation is the genuine sphere of activity that must be expressed and prolonged by continuous living of the liturgy and the sacraments.*

**KEYWORDS** *Catechesis, Christian initiation, Baptism, Motherhood, New birth, Church.*

## I. INTRODUCCIÓN

Es un uso común en la Tradición cristiana hablar de la Iglesia como nuestra madre. “La santa madre Iglesia” es un término recurrente en muchí-

simos documentos del Magisterio cuando a ella se refiere, lo que pone en evidencia que la fe presenta a la Iglesia no como algo, a modo de una simple institución u organización, sino a modo de “alguien” que permanece unida a Cristo como discípula, esposa y madre. Sin entrar en el largo y complejo debate sobre cómo puede ser aplicado a la Iglesia el nombre de persona, sí que nos haremos cargo de los múltiples significados que la maternidad y la solicitud maternal tienen en la vida de la Iglesia y en los distintos ministerios que en su seno expresan la vitalidad y la riqueza que son fruto de la presencia del Espíritu Santo que hace de ella un templo.

Puesto que este artículo se centra en la función maternal de la Iglesia en la catequesis, voy a referirme fundamentalmente a fuentes litúrgicas y magisteriales.

En el *Directorio General para la Catequesis*, la maternidad eclesial se revela rica de significados y expresada y vivida en diversos contextos catequéticos.

- La transmisión del Evangelio en toda forma de catequesis: “La catequesis es una acción esencialmente eclesial. El verdadero sujeto de la catequesis es la Iglesia que, como continuadora de la misión de Jesucristo Maestro y animada por el Espíritu, ha sido enviada para ser maestra de la fe. Por ello, la Iglesia, imitando a la Madre del Señor, conserva fielmente el Evangelio en su corazón, lo anuncia, lo celebra, lo vive y lo transmite en la catequesis a todos aquellos que han decidido seguir a Jesucristo” (DGC 78).
- La catequesis sobre la Doctrina Social de la Iglesia: Como madre de los hombres, lo primero que ve la Iglesia, con profundo dolor, es “una multitud ingente de hombres y mujeres: niños, adultos y ancianos, en una palabra, de personas humanas concretas e irrepetibles, que sufren el peso intolerable de la miseria”. Ella, por medio de una catequesis en la que la enseñanza social de la Iglesia ocupe su puesto, desea suscitar en el corazón de los cristianos “el compromiso por la justicia” y la “opción o amor preferencial por los pobres”, de forma que su presencia sea realmente luz que ilumine y sal que transforme (DGC 17).
- La catequesis de Iniciación Cristiana: “La Iglesia, al transmitir –en la iniciación cristiana– la fe y la vida nueva actúa como madre de los hombres, que engendra a unos hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios (234) Precisamente, “porque es madre es

también la educadora de nuestra fe”; es madre y maestra, al mismo tiempo. Por la catequesis alimenta a sus hijos con su propia fe y los inserta, como miembros, a la familia eclesial. Como buena madre, les ofrece el Evangelio en toda su autenticidad y pureza, que les es dado, al mismo tiempo, como alimento adaptado, culturalmente enriquecido y como respuesta a las aspiraciones más profundas del corazón humano” (DGC 79).

Quiero destacar, en primer lugar, la segunda referencia. La solicitud maternal de la Iglesia se dirige al hombre en la totalidad de su existencia y en su concreta situación histórica. Por ello, cualquier acción catequética de la Iglesia es expresión de su maternidad. No obstante, donde aparecen todos los elementos que entran parte en su misión maternal es el parágrafo 79 dedicado a la Catequesis de Iniciación Cristiana. Estos son:

- Engendrar hijos, concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios;
- Educarlos en la fe, como madre y maestra;
- Alimentarlos en la misma fe, injertándolos en la familia eclesial y ofreciéndoles el Evangelio como alimento adaptado.

La catequesis aparece aquí referida a la vida y a la vida nueva: esta es recibida de Dios, alimentada y nutrida, educada. Esta última está al servicio de la vida, que es la noción por excelencia en la catequesis de Iniciación Cristiana. Esta simple afirmación sitúa ya la Iniciación Cristiana bajo su doble ámbito esencial: la instrucción y la formación que propiamente llamamos catequética, por un lado y, por otro, más esencial todavía, el ámbito litúrgico-sacramental que hace posible el nacimiento a la vida nueva y el proceso de crecimiento de esta vida recibida. La liturgia no es simple acompañamiento de la actividad catequética, ni los sacramentos son simplemente el punto de llegada en la Iniciación Cristiana. La Iniciación Cristiana es propiamente sacramental, y al servicio del don de Dios en los sacramentos está la acción catequética. En ambos ministerios, la Iglesia actúa como madre. Esto es básicamente lo que quiero desarrollar en este artículo, que se va a centrar, por tanto, en la Iniciación Cristiana.

## II. LA FECUNDIDAD MATERNAL DE LA IGLESIA EN EL RICA

Considero que la fuente más importante para nuestro propósito es, en este momento, el *Ritual de la Iniciación Cristiana de adultos*<sup>1</sup>.

El n. 2 de las *Observaciones* generales subraya fuertemente el carácter sacramental del proceso de Iniciación, que está íntimamente vinculado a la relación del catecúmeno con Cristo. No se pone de relieve fundamentalmente, aunque no se puede negar su importancia, la decisión personal, el compromiso del catecúmeno, sino la acción del Espíritu Santo que lo incorpora a la Iglesia y, por ella, a Cristo y que lo hace nacer de nuevo. Esta es, me parece, la clave de interpretación que rige el conjunto, sin lo cual nada se entiende ni se hace posible:

En efecto, incorporado a Cristo por el Bautismo, constituyen el pueblo de Dios, reciben el perdón de todos sus pecados, y pasan de la condición humana en que nacen como hijos del primer Adán al estado de hijos adoptivos, convertidos en una nueva criatura por el agua y por el Espíritu Santo. Por esto se llaman y son hijos de Dios.

Se trata, pues, de nacer de nuevo, de ser nueva criatura. No estamos, pues, en el plano del obrar, por otra parte, indispensable, sino en el del “ser”. La interpretación de lo que el Bautismo significa es esencial para entender correctamente la Iniciación Cristiana, que sacramentalmente expresa su sentido singular, incluso en el orden propio en que los sacramentos se reciben:

Este es el orden desde siempre de los Misterios: somos lavados en el Bautismo; y ungidos con el crisma, nos acercamos a la Sagrada Mesa. Todo ello nos evidencia que el Bautismo es principio de existencia, fundamento de una vida, pues el mismo Jesucristo, entre todas las cosas que soportó por causa nuestra, recibió el bautismo como cosa necesaria antes que cualquier otra<sup>2</sup>.

---

1 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (ed.), *Ritual de la Iniciación Cristiana de adultos* (Madrid 2012).

2 NICOLAS CABASILAS, *La vida en Cristo* (Madrid, 1999) 52.

Que el Bautismo, sacramento de la regeneración, sea el primero tiene un profundo significado. Se trata siempre del don de Dios, que tiene la iniciativa. Respecto a la fe y a la vida nueva, el hombre por sí mismo no puede nada (Jn 15,2-6;3,27). Ya en el nacimiento natural, el hombre no se da a sí mismo la vida. Mucho menos en el nacimiento sobrenatural, en el que el hombre es llamado a “acoger la gracia”<sup>3</sup>, recibir el ser:

El Bautismo nos da el ser y el subsistir según Cristo. Tomando consigo a los seres sumergidos en corrupción y muerte los introduce primeramente en la Vida. La Unción del Crisma perfecciona ese ser que nació en el Bautismo, dotándole de la actividad conveniente a tal vida. La Divina Eucaristía sostiene y conserva la vida y salud recibida, pues es obra del Pan de la Vida guardar lo adquirido y hacer que permanezca vivo. Por este Pan vivimos, por la Unción nos movemos, después que en el Bautismo hemos recibido el ser<sup>4</sup>.

Por eso no es de extrañar que en el RICA encontremos siempre la referencia a lo que el Bautismo es y significa en forma de súplica. Es interesante comprobar cómo se consideran los elementos propios de la catequesis (la instrucción, la iniciación en la fe, en la vida, en la oración) como pasos previos, preparatorios, para el momento del Bautismo. Así, por ejemplo:

Escucha, Señor... nuestras preces por estos catecúmenos... para que siguiendo las primeras enseñanzas por las que pueden vislumbrar tu gloria, mediante la observación de tus mandatos, lleguen a la gloria del nuevo nacimiento<sup>5</sup>.

Bajo el ámbito de la gracia se pone, en realidad, todo el proceso del catecumenado, sin perder nunca de vista cuál es el fin del proceso:

---

3 *Ibid.*, 27.

4 *Ibid.*, 29.

5 Oración conclusiva I del rito de entrada en el catecumenado: RICA, 87 (los números no remiten a las páginas, sino a la numeración propia del Ritual).

Oh Dios que, por la venida de tu Hijo Unigénito Jesucristo, libraste providencialmente al mundo del error, escúchanos y da a tus catecúmenos inteligencia, perfección, firmeza en la fe y conocimiento seguro de la verdad, para que progresen día a día en toda virtud, reciban en el momento oportuno la regeneración para el perdón de los pecados y glorifiquen tu nombre con nosotros<sup>6</sup>.

Todo el largo camino del catecumenado es para que puedan los catecúmenos participar “en nuestra vida”<sup>7</sup>. Por eso se dice de ellos que son los “renacidos”<sup>8</sup>.

Tal obra, se subraya, es superior a las fuerzas propias de la naturaleza y, por tanto, obra exclusiva de Dios:

Oh Dios, que eres creador y restaurador del género humano, sé propicio a estos hijos de adopción, e incluye en la nueva alianza al retoño de nuevos hijos, para que, hechos herederos de la promesa, se alegren de recibir por la gracia lo que no se consigue por la naturaleza<sup>9</sup>.

La Iniciación Cristiana concluye, pues, con un nacer de nuevo, con la recepción de una vida que se regala como don. En este nuevo nacimiento se realiza y expresa la más honda dimensión de la maternidad eclesial. La Iglesia es madre, en primer lugar, porque engendra hijos en la fuente del bautismo:

Mira ahora, a tu Iglesia en oración  
y abre para ella la fuente del Bautismo:  
Que esta agua reciba, por el Espíritu Santo,  
la gracia de tu Unigénito,  
para que el hombre, creado a tu imagen y limpio en el Bautismo,  
muera al hombre viejo  
y renazca, como niño,

---

6 Bendición sobre los catecúmenos: RICA, 124.

7 Preces del rito de entrada en el catecumenado: RICA, 4.

8 Rito de unción con el óleo: RICA, 207.

9 Conclusión de las preces del rito de elección: RICA 149.

a nueva vida  
por el agua y el Espíritu<sup>10</sup>.

Es en este re-nacer de sus hijos, donde la Iglesia se experimenta fecunda por la presencia en ella del poder de Dios:

Dios todopoderoso y eterno, que haces fecunda a tu Iglesia, dándole constantemente nuevos hijos, acrecienta la fe y la sabiduría de nuestros elegidos, para que, al renacer en la fuente bautismal, sean contados entre los hijos de adopción.

Como vemos, la catequesis es función maternal de la Iglesia en relación con su fecundidad y esta es, a su vez, fruto de la acción de Dios. La vida cristiana, ya lo hemos comentado, es sólo posible mediante un nuevo nacimiento del agua y del Espíritu (cf. Jn 3,5), es decir, acción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que concurren en el nuevo nacimiento del catecúmeno.

Esta viva conciencia está llamada a influir en el proceso catecumenal, en la estructura del mismo y, sobre todo, en la comprensión de su verdadera naturaleza. Hemos subrayado que lo que hace a un catecúmeno cristiano es una celebración sacramental en la que la fuerza propia de la naturaleza se muestra del todo estéril e incapaz, dado que sólo el poder de Dios en Cristo por el Espíritu puede realmente comunicar una nueva vida, que es participación en la criatura de la vida propia de Dios.

La primera conclusión que se deduce es que, en rigor, la Iniciación Cristiana es obra exclusiva de Dios, de su gracia. Pero también hemos dicho que esta acción de Dios fecunda a la Iglesia, que se convierte en seno materno en el cual –y del cual– nacen los hombres a una vida nueva. La acción exclusiva de Dios no es, por tanto, excluyente, ya que incluye la cooperación de la Iglesia. Esta cooperación no es exclusivamente ritual. Quien lo piense así no ha entrado realmente en el espíritu de la liturgia ni de la acción sacramental. La Iglesia pone su fe, su disponibilidad, su apertura y confianza a la acción de Dios. En una palabra, su obediencia esponsal, en primer lugar. La naturaleza esponsal del amor que une a Cristo y a la Iglesia ha sido afirmada solemnemente por san Pablo en Ef 5,32. Allí san Pablo habla de la sumisión

---

10 Bendición del agua: RICA 215.

de la Iglesia a Cristo. Esta sumisión es amorosa y hace referencia fundamentalmente al amor de comunión que le une al Señor y que no hace referencia, en primer lugar, al afecto o la emoción, sino a la comunión de voluntades. La Iglesia vive esponsalmente si vive fiel al Señor, si le ama con corazón indiviso como Cuerpo suyo sometido a la Cabeza.

En la relación Iglesia-Cristo, la fidelidad de la primera revela la naturaleza virginal de este amor, pues la Iglesia se une al Señor virginalmente y permanece unida a Él cuando no adultera con ningún poder humano, es decir, cuando obedece sólo al Señor y cuando sólo en Él confía y sólo a Él se entrega. Así, esta Esposa que permanece Virgen, llega a ser Madre y su fecundidad pertenece enteramente al Espíritu Santo. En los sacramentos de la Iniciación se hace particularmente visible que la fecundidad de la Iglesia no depende de ningún poder humano. Lo mismo se puede decir, aunque de distinto modo, de las demás acciones de la Iglesia que preceden al momento sacramental. No serán fecundas –ordinariamente– sin esta fidelidad de la Iglesia al Señor. Por eso, la primera tarea eclesial en lo relativo a la catequesis es la fidelidad receptiva a la gracia de Cristo y al don del Espíritu Santo.

Esto urge, en primer lugar, a la conversión de los catequistas y a la seriedad de la vida cristiana de la Iglesia particular y/o de las comunidades concretas en las que se inserta el proceso catecumenal.

Implica también que las restantes tareas catequéticas (la ordenación del proyecto catequético general, la elaboración de los materiales catequéticos, las estrategias y recursos didácticos...) deben tener en cuenta que son sólo instrumentos que están al servicio del encuentro del catecúmeno con Cristo en la Iglesia y que sin este encuentro personal todo es estéril<sup>11</sup>. Se incluye aquí el encuentro de la primera conversión, en el que la fe aparece como confianza inicial, afecto e interés por Cristo y la vida de los cristianos, que va generando una nueva forma de pensar y de vivir y que está destinado a ser profundizado, transformando lentamente la vida para que esta pueda recibir, finalmente, la vida nueva sacramentalmente.

En este proceso, así vivido, la oración de la Iglesia particular, la oración de los catequistas y la entrada en la oración de los catecúmenos, se revelan como totalmente indispensables para que la catequesis de Iniciación Cristia-

---

11 "El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto, sino en comunión, en intimidad con Jesucristo" (DGC 80).



na cumpla adecuadamente su misión. Cuando aquí digo oración incluyo las celebraciones litúrgicas correspondientes, que no son un complemento a la acción catequética, sino que suponen su sentido último y la tierra vital en la que la catequesis puede ser fecunda.

Creo que el olvido sistemático de esto –en beneficio de una mentalidad algo pelagiana, que pone toda la confianza en la acción humana y en la calidad de los recursos didácticos– es una de las causas principales de lo que puede pensarse como fracaso de la catequesis eclesial en estas últimas décadas.

### III. LA IGLESIA EJERCE SU MATERNIDAD EN LA CATEQUESIS

La Iglesia, pues, “hace cristianos”, recibéndolos del Padre por el Espíritu. Pero ¿cómo? ¿cuáles son estas tareas en la catequesis de Iniciación Cristiana? Voy a referirme ahora a algunos números del *Directorio General para la Catequesis*.

El Directorio presupone, en primer lugar, la primera conversión, es decir, la primera respuesta al anuncio de la fe. Esta primera respuesta, que muestra un cierto interés por el Evangelio y Cristo, indica ya una primera fe, al menos, en el sentido de confianza puesta en la Iglesia y una primera iluminación que mueve a la razón y a la voluntad hacia la catequesis. Esta catequesis

Se propone fundamentar y hacer madurar esta primera adhesión. Se trata, entonces, de ayudar al recién convertido, a “conocer mejor a ese Jesús en cuyas manos se ha puesto: conocer su ‘misterio’, el Reino de Dios que anuncia, las exigencias y promesas contenidas en su mensaje evangélico, los senderos que Él ha trazado a quien quiera seguirle”<sup>12</sup>.

Se formula así una primera dimensión de la catequesis: la educación o instrucción de la fe, aunque nunca se reduce a mera teoría, puesto que se trata de conocer el “misterio” de Jesús, de entrar en comunión con una persona. Se trata de educar las diferentes dimensiones de la fe, como formación integral:

---

12 *Ibid.*

En virtud de su misma dinámica interna, la fe pide ser conocida, celebrada, vivida y hecha oración. La catequesis debe cultivar cada una de estas dimensiones. Pero la fe se vive en la comunidad cristiana y se anuncia en la misión: es una fe compartida y anunciada<sup>13</sup>.

En este párrafo se contienen todas las tareas fundamentales de la catequesis que el propio Directorio enumera así<sup>14</sup>:

1. Propiciar el conocimiento de la fe
2. La educación litúrgica
3. La formación moral
4. Enseñar a orar
5. La educación para la vida comunitaria
6. La iniciación a la misión

El simple enunciado muestra que no estamos en un ámbito puramente noético, sino vital, que afecta a la vida entera y a la relación personal con Cristo, que abre también a unas relaciones nuevas con los demás hombres. El Directorio lo dice de diferentes maneras: la Iglesia “transmite a los catecúmenos y a los catequizandos la experiencia viva que ella misma tiene del Evangelio, su fe para que aquellos la hagan suya al profesarla”<sup>15</sup>. Lo hace mediante un proceso que es “una formación orgánica y sistemática de la fe”, por medio de una “indagación vital y orgánica en el misterio de Cristo”, que propicie un auténtico “seguimiento de Jesucristo”<sup>16</sup>. Por ello, más que una enseñanza

Es un aprendizaje de toda la vida cristiana, una iniciación cristiana integral: “Se trata de *educar* en el conocimiento y en la vida de la fe, de forma que el *hombre entero*, en sus experiencias más profundas, *se vea fecundado* por la Palabra de Dios. *Se ayudará* así al discípulo de Jesucristo a *transformar* el hombre viejo, a *asumir* sus compromisos bautismales y a *profesar* la fe desde el corazón”<sup>17</sup>.

---

13 *Ibid.*, 84.

14 *Ibid.*, 86.

15 *Ibid.*, 66.

16 *Ibid.*, 67.

17 *Ibid.*

Todo ello es propedéutico para el nacimiento a la nueva vida en los sacramentos. De este modo la catequesis prepara, pone los cimientos, alimenta las raíces, propicia, transmite, educa y forma, a través de un proceso que va iluminando la razón, que fortalece la voluntad, instruye y educa señalando el bien y abriendo caminos para su acogida y realización, y va dando forma al catecúmeno, para que pueda recibir finalmente la “forma” de Cristo. En todo el proceso, la transformación es expresión de la sinergia entre la acción de la Iglesia y la acción de Dios, aunque sea este quien finalmente renueva y hace renacer al hombre.

Durante todo este proceso, el iniciando se va haciendo cristiano, va siendo maternalmente fecundado, pero el proceso termina en la Pascua cuando recibirá el Espíritu de hijos de adopción, muriendo y resucitando con Cristo. Aquí se presenta quien en realidad hace cristianos: la santa Trinidad:

La Iglesia, al transmitir –en la iniciación cristiana– la fe y la vida nueva actúa como madre de los hombres, que engendra a unos hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Precisamente, porque es madre es también educadora de nuestra fe; es madre y maestra al mismo tiempo. Por la catequesis alimenta a sus hijos con su propia fe y los inserta, como miembros, a la familia eclesial. Como buena madre, les ofrece el Evangelio en toda su autenticidad y pureza, que les es dado, al mismo tiempo, como alimento adaptado, culturalmente enriquecido y como respuesta a las aspiraciones más profundas del corazón humano<sup>18</sup>.

La primera referencia de la maternidad eclesial (la fecundidad y el nuevo nacimiento) da paso, connaturalmente, a la segunda: La Iglesia es también educadora, precisamente porque es madre y, también, como madre.

Una primera consecuencia se impone: la relación de los catecúmenos con la Iglesia es filial: los hijos de Dios son también hijos de la Iglesia; lo son en cuanto que han sido incorporados por el Bautismo a la Iglesia. La transmisión y la educación en la fe tienen como fuente el amor maternal y son ejercicio de este amor que, naturalmente, va acompañado de madurez humana, vida cristiana y competencia personal para la tarea a la que es llamado. Por eso el

---

18 *Ibid.*, 79.

Directorio afirma que los catequistas están llamados, para el recto cumplimiento de su ministerio en la Iglesia, a amar “maternalmente” a sus catecúmenos:

Apoyado en una madurez humana inicial, el ejercicio de la catequesis, constantemente discernido y evaluado, permitirá al catequista crecer en equilibrio afectivo, en sentido crítico, en unidad interior, en capacidad de relación y de diálogo, en espíritu constructivo y en trabajo de equipo. Se procurará, sobre todo, hacerle crecer en el respeto y amor hacia los catecúmenos y catequizandos: ¿De qué amor se trata? Mucho más que el de un pedagogo; es el amor de un padre: más aún, el de una madre. Tal es el amor que el Señor espera de cada anunciador del evangelio, de cada constructor de la Iglesia<sup>19</sup>.

#### IV. MARÍA, MADRE, IMAGEN DEL AMOR MATERNO

Comenzaba este artículo citando un número del *Directorio general para la Catequesis*, que vuelvo a traer aquí:

La catequesis es una acción esencialmente eclesial. El verdadero sujeto de la catequesis es la Iglesia que, como continuadora de la misión de Jesucristo Maestro y animada por el Espíritu, ha sido enviada para ser maestra de la fe. Por ello, la Iglesia, imitando a la Madre del Señor, conserva fielmente el Evangelio en su corazón, lo anuncia, lo celebra, lo vive y lo transmite en la catequesis a todos aquellos que han decidido seguir a Jesucristo<sup>20</sup>.

También en la catequesis la Iglesia imita a la Madre del Señor, en su calidad de Maestra de la fe. Es ésta una aplicación concreta de la conciencia que la Iglesia tiene de que Dios ha revelado en la Virgen María, la imagen y la figura perfecta de la Iglesia. Esta enseñanza conciliar, que tiene hondas raíces en la Tradición, es también relevante para nuestro tema. El Concilio

---

19 *Ibid.*, 239.

20 *Ibid.*, 78.

enseña que la Virgen María es tipo de la Iglesia por su fe y obediencia. Y en este contexto dice:

La Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y es igualmente virgen, que guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, y a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera<sup>21</sup>.

En la enseñanza conciliar, que la Virgen María sea tipo de la Iglesia quiere decir que en la Madre del Señor se revela la más íntima y esencial dimensión de la Iglesia que también es Madre, Virgen y Esposa. Pero también incluye el sentido de que la Virgen es modelo, espejo en el que los fieles están llamados a mirarse, de existencia cristiana, de respuesta al Señor en la fe. En su actuar cotidiano y concreto, la Iglesia, cuya cabeza es Jesucristo se mira también en María. En esta dimensión educativa vinculada al amor maternal, también la madre del Señor es modelo. ¿Qué se nos revela en ella?

En primer lugar, sólo sabe amar quien saber ser amado, y sólo puede reconocer en los hombres criaturas e hijos de Dios quien a su vez vive como criatura y como hijo. En la Virgen María encontramos estas dos dimensiones vividas con radicalidad e integridad. La presentación que nos hace san Lucas de la madre del Señor incide fundamentalmente en su receptividad frente a Dios, receptividad que define el ser de la criatura y el ser filial.

En el saludo del ángel, ella es llamada con un título especial: *kecharitomene*, cuya traducción más literal sería “agraciada” o “llenada de gracia” (Lc 1,28). Es presentada ya desde el principio como santificada por Dios en un momento previo al de la Anunciación. Se subraya la acción divina que ha venido a la que se define a sí misma como “esclava del Señor”. En este término hay que ver su disposición espiritual que nace de la fe, de no tener voluntad propia porque esta consiste toda entera en asumir libremente la voluntad de

---

21 CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium*, 64.

Dios. En la fe, la condición propia de la criatura que se debe enteramente al Creador es asumida y perfeccionada. Ella reconoce que todo es don, que debe agradecer por su entera existencia. Se reconoce criatura y también hija. La expresión propia de la filiación es la obediencia amorosa y confiada, la obediencia filial. En su modo de cooperar a la acción de Dios se muestra también esta primera receptividad: *Genoito* (Hágase), como reconocimiento de su propia incapacidad para engendrar y dar vida si no es por el poder de Dios. Su maternidad está condicionada al vaciamiento propio de la fe. Sólo porque ha creído (cf. Lc 1,45) ha llegado a ser madre.

Aquí tenemos una primera dimensión que la Iglesia –y todo el que en la Iglesia está llamado al ministerio de la catequesis– ha de vivir: la fe sincera y desnuda, que se traduce en la obediencia filial. La Iglesia es elegida, reunida, santificada por el Padre. Los catequistas podrán expresar un amor maternal si previamente se saben y viven como hijos, confiados al amor del Padre y entregados a Él, en la obediencia de la fe. Esta obediencia está eclesialmente mediada: incluye la aceptación de la fe eclesial como propia; la aceptación íntegra del depósito de la fe; la comunión con la Iglesia particular y con la comunidad concreta en que se ejerce el ministerio, pero todo esto sería puro formalismo si no se da la experiencia filial. Esto debe ser criterio esencial en la elección de los catequistas que sólo pueden ser testigos del amor paterno y materno de Dios y de la Iglesia si viven filialmente y se saben amados por Dios.

La fecundidad maternal de la Iglesia depende, pues, de su unión con el Señor (amor sponsal y virginal). En la madre del Señor, la virginidad es, en primer lugar, el modo en que su maternidad se realiza en orden a ser signo de Jesucristo, Hijo del Padre en su generación eterna y también en su generación en el tiempo. Pero es también signo del corazón indiviso con que ella se consagra al servicio del Padre y de la misión del Hijo. Es expresión también de la pureza de su fe y de su entrega incondicional. En ese sentido, vive virginalmente su “fiat” hasta consumarlo al pie de la cruz. Toda su existencia es radicación en esta fe-disponibilidad a la voluntad del Padre.

Esta se presenta misteriosa en diversas ocasiones. En Lc 2,41-52 cuando Jesús se queda voluntariamente en el templo de Jerusalén y responde a la búsqueda angustiada de María y de José: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre?”. El evangelista subraya que ellos no entendieron y de ella dice que guardaba y meditaba en su corazón. Es un primer desgarrón en su corazón materno: el Hijo que justifica el disgusto que

ella ha recibido en su primer deber frente al Padre. Jesús es, ciertamente, hijo suyo de ella, pero lo es más –y primero– del Padre. Probablemente Mc 3,20-21 y 31-33 deba ser leído también en esta clave. Es un texto difícil, pero cabe pensar que la Virgen María, oyendo que Jesús corre peligro, pues ya hay un inicial complot contra él (cf. Mc 3,6) y que se entrega al ministerio en jornadas agotadoras, no teniendo tiempo ni para comer (cf. Mc 3,20), sale al encuentro de su Hijo para cuidar de él como madre y socorrerlo. Pero el evangelista subraya que Jesús no salió a recibir a los suyos, sino que señalando a los que estaban dentro de la casa, afirmó que su madre y sus hermanos eran los que estaban alrededor de él escuchando sus palabras (cf. Mc 3,34-35). No es que Jesús reproche aquí a su madre falta de fe, pero sí que marca un camino de desprendimiento que también ella ha de recorrer y que supone para ella la abnegación que se exige a todo discípulo, el renunciar a su solicitud maternal sabiendo y aceptando que Jesús siendo todo del Padre debe recorrer el camino trazado, aunque su corazón maternal quede traspasado por el dolor... En realidad, en Jn 19,26.27 se revela el sentido de esta abnegación: Jesús la ha llevado a renunciar al cuidado del hijo de sus entrañas, para hacer hueco en su corazón al discípulo amado y, significados en él, a todos los discípulos. Así, al pie de la cruz, abandonada en cierto modo por el propio Hijo, se asocia a Él como discípula que persevera con él hasta el final. En ella el amor maternal se ha perfeccionado, revelando así también el amor esponsal con que la Iglesia, amando a su Señor, puede llegar a ser realmente madre: si persevera con él en las pruebas, si se mantiene al pie de la cruz.

Engendrar y dar a luz (expresión de su fecunda maternidad) implica dolor. Sufrir por los catecúmenos, sufrir con ellos, a causa de ellos, es el signo de que el amor del catequista y de la Iglesia es maternal. Del mismo modo que la conciencia del crecimiento en la fe de los catecúmenos produce gozo, la conciencia del retraso, de la frialdad, del pecado o de los abandonos produce dolor, un dolor del corazón que se dirige al Señor y se traduce en oración.

En este proceso de re-conocimiento de su propio Hijo, ella muestra también cómo el amor materno deja espacio y engendra libertad. El hijo crece y no pertenece a nadie más que Dios. El amor del catequista –que expresa el amor de la Iglesia– es un amor que reconoce en los catecúmenos el obrar de Dios y no pretende sino secundarlo: no dirige el proceso, lo custodia, y deja libre a la persona. En este sentido, es un amor *personalizante*: se entrega de persona a persona, vive en el reconocimiento de la dignidad personal del hijo

amado y lo hace persona. Cuando es así, el amor también despierta y abre horizontes y capacidades nuevas y se convierte en un factor de crecimiento y desarrollo. Es un amor que cree y espera en las posibilidades del catecúmeno. Aquí se trata además de la fe en Cristo que va configurándose y creciendo en él, y que lleva al catequista a reconocer la acción del Espíritu Santo. El amor materno es siempre integral, se ocupa de todo lo que afecta al Hijo:

La maternidad conlleva una comunión especial con el misterio de la vida que madura en el seno de la mujer. La madre admira este misterio y con intuición singular “comprende” lo que lleva en su interior. A la luz del “principio” la madre acepta y ama al hijo que lleva en su seno como una persona. Este modo único de contacto con el nuevo hombre que se está formando crea a su vez una actitud hacia el hombre –no sólo hacia el propio hijo, sino hacia el hombre en general–, que caracteriza profundamente toda la personalidad de la mujer. Comúnmente se piensa que la mujer es más capaz que el hombre de dirigir su atención hacia la persona concreta y que la maternidad desarrolla todavía más esta disposición<sup>22</sup>.

Precisamente por eso, el amor materno es el único que hace posible dar al hombre la forma propia del Hijo. No sólo instruye y educa, sino que está atento siempre a fomentar hábitos, iniciar en virtudes, hacer posible la experiencia del amor filial, formando así la vida cristiana en su núcleo originario, más con los gestos, las acciones y el don de la vida, que con las palabras.

Amando maternalmente, es testigo con toda su persona, del perdón entrañable que viene de Dios, de la misericordia que acoge siempre al Hijo en los brazos del Padre (cf. Lc 15,22-24).

## V. CONCLUSIONES

Cuando hablamos de la Iglesia madre no empleamos solamente una figura retórica. Expresamos una dimensión esencial, que compete a su ser y,

---

22 JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem* (15 de agosto de 1988) 18.



por tanto, se expresa en su actuar concreto. La maternidad remite siempre, por sí misma, a la acción fecundante del Espíritu Santo en ella. La mediación maternal de la Iglesia se expresa fundamentalmente en tres ámbitos, que corresponden en cierto modo al *triplex munus Christi*: es madre cuando a través de los sacramentos engendra hijos de Dios por el poder del Espíritu Santo que los configura a Cristo, siendo así signo e instrumento del oficio sacerdotal del Señor; los instruye, educa y forma en la fe, a través del ministerio de la palabra, de la predicación. De modo particularmente sucede esto en la Catequesis de Iniciación Cristiana, como hemos visto, siendo así signo e instrumento de la misión profética de Jesús. Y es también madre cuando su solicitud se extiende a la íntegra existencia de todos los hombres, en sus concretas condiciones sociales, económicas personales. La Doctrina Social de la Iglesia es, por tanto, expresión de su maternidad universal, siendo así signo e instrumento del ministerio real de Jesús.

Tener en cuenta que todo ello es ejercicio maternal, nos previene contra cualquier reducción de la vida eclesial (sea juricista, moralista, espiritualista, intelectualista), porque la referencia a la madre incluye siempre la referencia al corazón de la vida, a lo concreto de la existencia. La Virgen María, en este sentido, como Madre y como Mujer, es un reclamo permanente para la Iglesia, para que no salga nunca del ámbito concreto de la vida del hombre, para que no caiga en el peligro de la ideología.

